

Por qué tiene cara de chico el “fracaso escolar” (notas para un debate a favor de los chicos)

José Ángel Lozoya Gómez¹

«Para educar a un niño hace falta la tribu entera.»
Proverbio africano.

Introducción

No me gusta el término fracaso escolar porque parece que es el alumnado quien fracasa, diluyendo de esta forma la responsabilidad de la escuela, la familia, y el resto de los agentes e instituciones que intervienen en el proceso educativo. No obstante, lo utilizaré en este trabajo por ser el más empleado, en el discurso pedagógico, para referirse al alumnado que no supera con éxito la educación obligatoria.

El fracaso escolar es un fenómeno preocupante que nos advierte de las dificultades de un sector de la juventud que presenta problemas de integración y se verá abocado a la marginación social.

Además, es uno de los indicadores que se usan a nivel internacional para comparar el nivel de formación de los distintos países, el esfuerzo económico que cada estado realiza en educación, la eficacia de los programas curriculares que aplican, y la capacidad del propio sistema educativo para cumplir la función que tiene encomendada: asegurar el nivel de formación necesario de quienes han de protagonizar el relevo generacional, asegurando el mantenimiento de la prosperidad del país y la cohesión con Europa.

En el Estado Español los resultados son malos; uno de cada tres jóvenes (chicos o chicas) deja de estudiar a los 16 años, y uno de cada cuatro no llega a conseguir el título de la ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria), por lo que tendrán que enfrentarse en precario a la búsqueda de empleo, sobre todo teniendo en cuenta que las previsiones para los próximos años son que casi la mitad del empleo que se cree en la Unión Europea será para la población con estudios universitarios, y sólo un 15% para la población no cualificada.

Si comparamos nuestro fracaso escolar con el de otros países que nos sirven de referencia, veremos que los motivos para preocuparnos están más que justificados, salvo que nos consuele comprobar que ocupamos el lugar que nos corresponde en función de lo que gastamos en educación.

¹ Educador sexual.

Porque lo cierto es que gastamos poco, menos que la mayoría de los países con los que intentamos competir, y mucho menos de lo que necesitamos para desarrollarnos con tranquilidad en una economía globalizada; sobre todo recordando que partimos de una situación de desventaja, dado que el nivel de formación académica de la población española es inferior a la de la media en los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico). Pero sería deshonesto decir que se trata sólo de un problema de dinero, porque algunas experiencias demuestran que se puede utilizar mejor.

A pesar de nuestro retraso, contamos con una escolarización universal garantizada con fondos públicos, un escenario con el que soñaron las generaciones anteriores. En el pasado, muchas personas creyeron que éste sería el mejor instrumento para favorecer la igualdad de oportunidades entre las clases sociales. Hoy, cuando este sueño se ha hecho realidad, comprobamos con pesar que la escuela no consigue ayudar a quien más lo necesita, que la educación va perdiendo fuerza como instrumento para la promoción social, y que con la escuela fracasan, además del ideal igualitario, las personas más necesitadas.

Todo el mundo conoce la relación que existe entre el entorno socioeconómico o el nivel cultural de los padres, y los resultados académicos del alumnado, pero es más novedoso constatar que también se da entre el sexo del alumnado y el rendimiento escolar, una relación que tiene la suficiente importancia como para permitirnos sugerir que ser chico constituye un factor de riesgo de fracaso escolar.

Al acabar la ESO ya hay muchas más chicas que chicos, y esta diferencia va creciendo a medida que avanzamos en el nivel de escolarización: COU, selectividad, FP, hasta el punto de que al acabar los estudios universitarios (diplomatura o licenciatura) nos encontramos con tres chicas por cada dos chicos.

Pero más alarmante que constatar que el fracaso escolar tiene cara de chico es comprobar que este problema no parece interesar a casi nadie, pese a la cantidad de personas y recursos que se dedican a estudiar los problemas de la educación desde la perspectiva de género. Sólo el hecho de que estén centrados en luchar contra la discriminación que sufren las mujeres permite entender la escasez de estudios sobre el fenómeno, en los debates de las jornadas y congresos pedagógicos, o de reflexiones en las revistas y foros especializados.

El único estudio que he encontrado y del que me he tomado la libertad de tomar múltiples párrafos e ideas (que no entrecomillaré para no abusar de estos signos ortográficos) es *El rey desnudo: componentes de género en el fracaso escolar*, de Domingo Comas Arnau y Octavio J. Granado Martínez, editado en Madrid por la Plataforma de Organizaciones de Infancia. Sin su lectura no habría sido capaz de documentar este trabajo.

El fracaso escolar refleja una crisis del sistema educativo que coincide con la quiebra del consenso que ha mantenido históricamente la familia con la escuela. Una escuela a la que cada vez se exige más cosas y en la que cada vez se confía menos; de hecho cada vez se la percibe menos como el lugar privilegiado para la adquisición de conocimientos, dada la competencia que mantiene con los medios de comunicación social y las nuevas tecnologías, sobre todo Internet, como consecuencia de las ofertas educativas que éstos contienen.

Por qué mi motivación por el tema

Mi profesión tiene más que ver con la educación social que con la escuela. Llevo más de veinticinco años dedicado a estudiar la crisis de la masculinidad tradicional y la forma en que los hombres reproducimos el sexismo (sufrimos y hacemos sufrir el machismo). Primero como educador sexual y más tarde como colaborador en distintos medios de comunicación, o como coordinador de un programa municipal de «hombres por la igualdad», trato de mostrar a hombres de toda edad y condición, la conveniencia y las ventajas de la igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos. Esta preocupación por la igualdad me hace ver problemas de género en todo fenómeno que llamaría mi atención si el sexo de sus protagonistas estuviera invertido.

A lo largo de los últimos años, han ido surgiendo multitud de anécdotas dispersas sobre los problemas de los jóvenes en el sistema escolar, que me han llevado a plantearme algunas preguntas que necesito compartir: ¿Por qué tiene el fracaso escolar cara de chico? ¿Por qué este hecho no provoca alarma social? ¿Pasaría igual de desapercibido si fueran las chicas las que catearan? ¿Es necesario que seamos hombres quienes alcemos la voz para que se acepte que existe un problema de género?

Algunas de las anécdotas que fueron despertando mi curiosidad son:

- Hace más de 20 años que suelo preguntar al alumnado de primaria aquello que tantas veces me preguntaron a mí de niño, ¿qué quieres ser de mayor? Desde que empecé a hacerlo la mayoría de las chicas me responden con profesiones que requieren un nivel de estudios superior al de sus padres y al de sus madres, mientras que sus hermanos o compañeros suelen aspirar a tener la misma profesión que sus padres.
- Hará unos seis años dirigí un estudio sobre el clima escolar en varios colegios de primaria de Jerez de la Frontera, en el que los chicos decían sentirse menos felices en la escuela que las chicas, peor tratados por el profesorado, y menos tutelados por sus padres y por sus madres.
- En el curso 2000-2001 los chicos representaban el 41,05% del total de quienes acabaron con éxito sus estudios universitarios, el 46,42% en COU y el 48,04% en FP-LGE, pese a que hay más chicos que chicas a estas edades.

- Soy padre de un adolescente que lleva toda su vida lamentándose de la falta de equidad que observa en el trato que reciben los niños por parte del profesorado. Tendría seis o siete años cuando llegó indignado del colegio porque la profesora les había dicho a las niñas: «si seguís armando tanto jaleo voy a tener que trataros como a los niños».

Basándome en estos y otros antecedentes que resultaría aburrido enumerar, acabé aventurando que la igualdad de derechos y oportunidades que supone la escolarización obligatoria, desaparece a medida que aumenta el nivel de escolarización. En este proceso, una discriminación sutil va lastrando las expectativas y el interés de los chicos, hasta el punto de que en lo concerniente al rendimiento escolar la desventaja de género de ser niño es muy parecida a la más reconocida desventaja socioeconómica.

El problema que plantea que el fracaso escolar afecte más a los chicos no es trivial, las consecuencias son fáciles de imaginar. Por citar algunas, los chicos:

- Abandonan los estudios antes y con peores resultados que las chicas.
- Se incorporan al mercado laboral sin la formación necesaria para mantenerse en el mismo y desarrollar una carrera profesional.
- Tienen dificultades para encontrar empleos cualificados y se ven abocados a aceptar aquéllos que sólo requieren de su fuerza física.
- Son incapaces de adaptarse a unas exigencias laborales en continuo cambio tecnológico, pese a lo cual, muy pocos intentan enderezar su futuro retomando los estudios.
- Al salir del sistema educativo muchos se quedan a la deriva. Entre 2000 y 2003, el 85% de los menores enjuiciados sufría retraso escolar y el 45% no realizaba ninguna actividad.

Con este panorama resulta evidente la urgencia de eliminar los obstáculos que impiden motivar, y ayudar, a los jóvenes para evitar su progresiva proletarización frente a la creciente competencia y mejor expediente académico de las chicas. Un fenómeno que acabará creando un desequilibrio entre los sexos que causará dolor a ambos, sobre todo a los chicos, porque favorece la aparición de nuevas dificultades en sus relaciones con las mujeres, tanto en el trato social como en las relaciones afectivo-sexuales.

En las parejas en las que se dan diferencias importantes en el nivel de escolarización de sus miembros, esta diferencia de nivel condiciona fuertemente la relación. Tras miles de años de patriarcado (sistema de dominación masculina) no tiene por qué ser negativo que las mujeres posean más estudios que los hombres, ni que se produzca una inversión progresiva del sexo “del cabeza de familia”, ni que coincida con un momento en que las madres están asumiendo mayor peso en la construcción de la

norma y la moral social en la familia, al tiempo que se produce un decaimiento de la reproducción de la feminización. Pero es responsabilidad de todas las personas que apostamos por la igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos evitar que este proceso se produzca sobre la aparición de nuevos factores de desigualdad, aunque en este caso se perjudique a los chicos.

El fracaso escolar

El fracaso escolar es, sin lugar a duda, uno de los grandes problemas de la escuela española, que ha centrado la discusión sobre las reformas educativas en los últimos tiempos y uno de los que más literatura especializada produce. Es precisamente por este motivo por lo que resulta tan llamativo el silencio que se observa en torno a la distribución del fracaso escolar por sexos, a la falta de explicaciones de por qué se da un reparto tan desigual o a la ausencia de propuestas de actuación.

Hay un fracaso escolar extremo que se traduce en desescolarización y riesgo social, que se explica bastante bien con las teorías de base social. Se trata de un fenómeno minoritario que no presenta grandes diferencias entre chicos y chicas que puede abordarse con un incremento de los recursos, sobre todo en los centros con más fracaso o con más alumnado inmigrante, y medidas compensatorias.

Y hay otro fracaso escolar, menos dramático salvo para las familias afectadas, que afecta a un amplio sector de adolescentes con dificultades para finalizar el ciclo de enseñanza obligatoria, en el que las diferencias entre los sexos sí son muy importantes. Este fracaso se suele relacionar, con más frecuencia, con las actitudes del alumnado, de las familias, o con las características del sistema educativo, y suele pensarse en reforzar el trabajo de los y las estudiantes, con estrategias de apoyo centradas en los padres, los centros escolares o las instituciones locales.

Pero tendremos que convenir que un 30% de fracaso escolar no sólo son muchos fracasos individuales, sino que es sobre todo un fracaso institucional, que deja a demasiada gente con dificultades para encontrar y conservar un empleo, a jóvenes que pueden acabar explotando por sentirse rechazados.

Un tema del que nunca se habla aunque a todo el mundo le suene es ese tópico de que los chicos fracasan mucho más que las chicas en sus estudios, y cada vez fracasan más, porque suelen ser menos estudiosos: por eso acceden en menor proporción a la universidad y abandonan la vida escolar antes que ellas.

Son menos los chicos que acaban con éxito la ESO, el COU, la FP y la Universidad, a pesar de que a estas edades hay más que chicas, por lo que la diferencia es aún más evidente. Estos datos nos permiten concluir que no existen estudios para los

que unos u otras tengan más facilidad, sino que en todos ellos los chicos consiguen peores resultados.

Si analizamos el porcentaje de los alumnos que estudian el curso que corresponde a su edad en cuarto de ESO vemos que su número es menor que el de las chicas, lo que significa que ellos no sólo fracasan más sino que los que consiguen acabar lo suelen hacer más tarde que las chicas. En los casos en que hay más chicos matriculados en cuarto de ESO suele deberse a que abundan los chavales de más de 15 y 16 años que siguen en este nivel educativo.

Se trata de un fenómeno que también se da en otros países europeos, pero no en todos. Es un problema que entra en interacción con las expectativas de los padres, las madres, el profesorado, los propios chavales, la realidad del mercado laboral y el clima escolar. Hay problemas de convivencia en los centros, que gran parte del profesorado considera la principal dificultad para la coexistencia y buen funcionamiento en las aulas.

A nivel territorial las Comunidades Autónomas que tienen más fracaso escolar suelen ser las que tienen un nivel de renta inferior a la media. Asturias destaca por su buen hacer y Baleares o Canarias por el fracaso, seguramente a causa de la importancia del sector turístico que emplea a muchos jóvenes a partir de los 16 años. Otra interpretación más vinculada a motivaciones socioeconómicas y culturales puede ser el Sur de España frente al Norte. La correlación entre menor nivel de riqueza relativa y menor acceso a la universidad es más evidente que el de la escolarización a partir de los 16 años.

Seguro que las causas por las que los chicos fracasan con más frecuencia que las chicas en la escuela son muchas y complejas, pero me arriesgaré a desarrollar algunas impresiones sobre aquéllas que más me han llamado atención, con el único propósito de reclamar que el problema reciba la atención que merece. Se trata de observaciones que tienen que ver, simultáneamente, con el contexto social, la familia, la escuela y la falta de motivación de los estudiantes.

¿Problema español o problema europeo?

La situación española es comparable a la de otros países europeos. Hace veinticinco lo habitual en Europa era que hubiera más chicos que chicas en la enseñanza secundaria no obligatoria, aunque en Portugal, Finlandia y Suecia eran minoría. En este tiempo la media ha evolucionado hacia un moderado desequilibrio en sentido contrario y hoy continúan sus estudios más chicas que chicos.

Aún así, las diferencias por países eran muy aún muy importantes hace una década. En algunos como Alemania, Austria y Holanda seguía habiendo más chicos; en otros como Bélgica, Dinamarca, Grecia, Italia y Luxemburgo se mantenía un equilibrio

considerable; Portugal había avanzado hacia el equilibrio, mientras que en Suecia y Finlandia el porcentaje de alumnos seguía disminuyendo. Con todo, la evolución española ha sido la que ha conocido una progresión de las chicas más intensa.

En la universidad las diferencias entre países son aún mayores. Mientras la situación era muy desfavorable para las chicas en Alemania y seguían siendo minoría en Holanda, Luxemburgo, Austria y Grecia, había muchas más chicas que chicos en Portugal, Suecia, Dinamarca y Francia, y eran mayoría en el resto.

Los países que soportan mayores tasas de fracaso escolar también tienen repartos por sexos para todos los gustos. España, Reino Unido y Portugal compartían un gran desequilibrio en el reparto por sexos de su alumnado y un elevado porcentaje de jóvenes poco cualificados, pero también era perceptible un fracaso escolar importante en países como Italia, Grecia y Luxemburgo, con un reparto por sexos casi paritario.

La proporción del Producto Interior Bruto (PIB) que se destina a educación es una medida relativa ya que en los distintos países es muy desigual. Alemania y España gastan porcentajes similares, pero como el PIB alemán es muy superior al español, los recursos finales del sistema son muy diferentes. Los países más pobres son los que suelen destinar menos porcentaje y los que soportan tasas de fracaso escolar más elevadas.

El orden social emergente

Vivimos inmersos en un cambio social liderado por las mujeres al que los hombres nos incorporamos con excesiva lentitud, retrasando un ajuste adecuado de las estructuras sociales en armonía con la igualdad de derechos, deberes y oportunidades entre los sexos a los que la mayoría decimos aspirar.

Los roles se entrecruzan; lo que conocemos como masculino y femenino va dejando de estar asociados a los hombres y las mujeres, pero aún son muchos los que viven la asunción de lo femenino (expresión de los sentimientos, ética del cuidado, tareas domésticas...) con sensación de pérdida de prestigio social, en tanto que las mujeres notan que lo ganan al incorporarse al mercado de trabajo y la vida pública.

En este proceso, las chicas ven el éxito académico como un medio que posibilita la satisfacción de sus expectativas igualitarias y facilita su incorporación al mercado de trabajo, en tanto que resulta difícil para los chicos entender que dedicar tiempo a asumir las tareas domésticas favorezca su éxito social o académico, y suelen planteárselo como el precio a pagar para contribuir a acabar con la discriminación de las mujeres.

Así las cosas, las mujeres son cada vez más competentes, y su acceso a la educación está siendo el medio más eficaz para acceder a la esfera pública y al mercado

de trabajo, en condiciones de competir por los puestos de dirección y gestión, mientras que las expectativas sociales de los chicos apenas han variado. Su destino es trabajar, abundan los que siguen creyéndose superiores a las mujeres, se sienten responsables de su protección y obligados a llevar la iniciativa en las relaciones afectivas o sexuales por el hecho de ser hombres.

En relación a los estudios, conviene tener en cuenta que los hombres llevan muchas generaciones vendiendo su fuerza de trabajo, y confían menos que las chicas en la necesidad de un título para entrar en el mercado de trabajo, aunque saben que poseerlo abre muchas puertas que en otro caso resultan infranqueables. Aun así abundan los que para lograr el éxito profesional y económico confían más en su capacidad emprendedora que en los estudios; los que perciben que sólo el trabajo duro, los negocios y el dinero (sin importar demasiado su procedencia) son las vías más rápidas y seguras para ascender en la escala social. Es evidente que los hombres siguen teniendo problemas para distinguir y gestionar adecuadamente valores tan diferentes como la competencia, entendida como aptitud o idoneidad, y la competitividad, concebida como la capacidad de rivalizar.

Puede que las diferencias en el rendimiento escolar desaparezcan a medida que mujeres y hombres formen parte, en las mismas condiciones, de la esfera pública y del ámbito doméstico, perdiendo ambos los espacios considerados como propios, pero sería una irresponsabilidad sentarse a esperar a que la situación evolucione espontáneamente de acuerdo con nuestros deseos.

El mercado de trabajo

Parece ser que el factor que más influye en el rendimiento escolar de los chicos y las chicas tiene que ver con las posibilidades de unos y otras a la hora de incorporarse al mercado laboral, y lo que éste les exige para desarrollar una carrera profesional. Aunque las cosas están cambiando a favor de la igualdad lo cierto es que los chicos sin estudios siguen teniendo más posibilidades que las chicas en la misma situación para encontrar su primer empleo y para desarrollarse en el mismo, sobre todo si implica cualificación manual.

Esta discriminación tiene un efecto perverso a medio plazo, porque discriminando a las chicas se propicia el abandono escolar de los chicos y que ellas sigan estudiando; se seduce a los chicos con la posibilidad de conseguir la ansiada moto sin advertirles que se trata de pan para hoy y hambre para mañana.

El truco consiste en facilitar su incorporación prematura al mercado laboral en las ramas de actividad con peores condiciones de trabajo, en las que se trabaja más horas cuanto menor es su nivel de estudios, y en las que perciben un salario más bajo

que el que cobran quienes poseen un nivel académico superior, incrementando con ello sus dificultades para cambiar de actividad a lo largo de su vida activa.

A pesar de ello, cuatro de cada diez personas en paro son jóvenes, lo que quiere decir que la oferta del mercado laboral para la juventud, sobre todo sin estudios, es a todas luces insuficiente, y que la facilidad relativa para ganarse la vida no explica por sí sola el fracaso, ni el abandono escolar por parte de los jóvenes.

Cuanto mayor es la discriminación que sufren las chicas para acceder al mercado de trabajo en el ámbito privado, más forzadas se ven a intentar conquistarlo a través de su cualificación académica. De hecho se está produciendo un aumento de la tasa de actividad laboral entre los chicos muy jóvenes, y una disminución entre las chicas, debida al incremento en su escolarización, que anticipa una mayor incorporación de mujeres al mercado laboral en un futuro próximo, dada la relación evidente que existe entre mujeres con mayor nivel educativo y su mayor incorporación al mercado de trabajo.

En los últimos años el porcentaje de hombres en paro, de todas las edades, disminuye a menor velocidad que el de las mujeres. Este dato es sin duda una buena noticia porque se partía de una situación de agravio hacia las mujeres a todas luces injustificable, como también lo es que sepan que cuanto más estudien más posibilidades tendrán de encontrar un trabajo cualificado y bien remunerado, porque esta conciencia contribuye a explicar su éxito escolar y que sigan estudiando más tiempo que los chicos.

Los chicos no tienen nada que censurar a las chicas en este terreno, pero no por ello su futuro se presenta menos complicado, sobre todo si recordamos que el fracaso escolar es, a su vez, causa directa de desempleo, y nos obliga a contemplarlo desde la óptica de las dificultades para la inserción sociolaboral de aquellos que han abandonado el sistema escolar. De ahí lo preocupante que resulta comprobar que hay muchos más chicos que chicas entre quienes no se plantean ningún objetivo escolar propio, se conforman con aprobar la obligatoria o menos, y no quieren ir a la universidad.

La preferencia de las mujeres por la Universidad está forzada por un mercado de trabajo que, sobre todo en el sector privado, las sigue discriminando a la hora de las contrataciones, las relega a puestos peor pagados y dificulta su promoción profesional. Una realidad que conocen bien las familias que animan a estudiar más a las chicas que a los chicos por entender que es su mejor oportunidad de inserción laboral, y contribuye a explicar el hecho de que entre los jóvenes trabajadores haya más mujeres que hombres con títulos universitarios.

Pero el aspecto nuclear del problema que intentamos analizar hace referencia a la existencia de un sector creciente de chicos que han abandonado los estudios sin ninguna cualificación útil, y que igual que engrosan los números de la población activa

ocupada son los más expuestos a perder su trabajo, a la menor dificultad que se le presente a su empresa. Sin olvidar que la capacidad de recuperación de quienes abandonaron el sistema educativo sin acabar la enseñanza secundaria está lastrada por su falta de motivación y por la escasez de recursos destinados a este propósito.

El creciente número de chicos sin apenas formación les sitúa en el papel de la vieja reserva laboral sin cualificar, que entra en competencia directa con la demanda laboral de la mayor parte de los emigrantes, y puede ser causa en el futuro de conflictos sociales si no consiguen tejer lazos de solidaridad entre ellos. Un esquema que se reproduce de forma más acusada en el colectivo gitano en el que acceden a la universidad muchas más chicas que chicos.

La familia

La forma de ser y comportarse de los padres y de las madres, así como lo que ambos esperan de sus hijos, y de sus hijas, son fundamentales en la idea que irá adquiriendo la siguiente generación acerca de cómo deben ser un hombre y una mujer. En el hogar, el espacio doméstico está siendo abandonado por las mujeres en pos del espacio público, sin que los hombres hagan el trayecto contrario. En estos modelos familiares de transición, padres y madres pasan cada vez más tiempo fuera de casa y encuentran dificultades para dedicar a sus hijos, e hijas, el tiempo que ambos necesitan.

Lo poco siempre es poco, y las relaciones de calidad requieren de cierta cantidad. La falta de tiempo hace difícil desarrollar y mantener una relación de confianza con sus hijos, e hijas, y mucho más asegurar un control efectivo, sobre todo en la pubertad y la adolescencia, tanto de su maduración personal como de sus estudios.

De hecho la mayoría de los chicos de 14 años dicen carecer de prohibiciones en casa, a una edad en que los padres y las madres han de establecer unas normas de conducta claras y hacerlas cumplir, para que vean que los derechos conllevan obligaciones, empezando por tener ordenada la habitación, saber que no hay ocio hasta que hagan los deberes, colaborar en las tareas domésticas básicas y ver limitada su pasión consumista.

Pero la mayoría de los padres siguen estando más ausentes en la vida y la educación de sus hijos e hijas que las madres, apenas se implican en lo doméstico y delegan en ellas el control de la educación, los afectos y los estudios. Tanto es así que los hijos e hijas de madres con estudios universitarios tienen casi cuatro veces más posibilidades de acabar con éxito la ESO que quienes tienen madres sin estudios.

Como consecuencia de esta falta de relación, niños y niñas mantienen con sus padres una relación afectiva de menos calidad que la que conservan con las madres. El resultado es que la idea que los niños y las niñas se van haciendo de lo que es un

hombre, o de cómo debe comportarse, está más influida por lo que ven en otros adultos o en la televisión, que la que se hacen ambos de lo que es una mujer.

En cualquier caso, lo cierto es que nadie trata igual a los niños que a las niñas. La mayoría de la gente adulta transmite, con ligeras actualizaciones, la masculinidad y la feminidad tradicionales; las personas más igualitarias intentan compensar en lo posible los mensajes sexistas del medio diciéndoles a los niños que el culto a la violencia, la competitividad o la agresividad no deben ser las claves del éxito, y a las niñas que no existe ningún objetivo que no puedan conquistar si se lo proponen, al tiempo que se les exige mucha menos colaboración en las tareas domésticas.

Lo que llega a los niños y las niñas es un poco desquiciante. En el mejor de los casos se les cuenta que lo único que les distingue son los genitales, una diferencia anatómica sin demasiada importancia, pero en función de la cual se les trata de forma diferente para ayudarles a enfrentarse a las distintas presiones y expectativas que inevitablemente reciben del entorno, con lo cual se les sigue reforzando matices diferenciadores que van mucho más allá de los que se derivan del lugar que cada cual ocupará ante el hecho reproductivo.

Mucho se ha hablado desde los discursos que promueven la igualdad —de género se llaman ahora— acerca de cómo condicionan la propia identidad los colores de la ropa de los bebés, los juguetes sexistas o la obligación de las niñas a iniciarse en las tareas domésticas, pero apenas se ha señalado el impacto pernicioso que tiene para los niños la forma en que son educados.

Cómo afecta a su autoestima que les hagan responsables del machismo en que se les educa, el desamparo que supone que se les controle menos que a sus hermanas que hagan los deberes, que tengan amigos estudiosos, o que padres y madres vayan menos a la escuela que cuando tienen niñas, pese a tener ellos más problemas de conducta, dedicar menos tiempo a estudiar y sacar peores notas que las chicas.

No es que la diferencia sea mucha, pero lo cierto es que los padres, y las madres, los miman menos, dejan de llevarlos y traerlos de la escuela antes que a las niñas, van a hablar con el profesorado con menos frecuencia, plantean menos quejas si les pega otro niño y es absolutamente anecdótico que protesten si quien les pega es una niña. A veces he leído, en cuanto a estas diferencias en el trato, que a los niños se les permite desde pequeños mayores grados de autonomía, pero empiezo a pensar que lo que se hace es someterlos a mayores niveles de desamparo.

Sigue pesando mucho el tópico de que los niños tienen más facilidad para resolver solos sus problemas y se actúa en consecuencia. Se les sigue tratando como si fueran más duros e insensibles que las niñas, se les retiran antes los mimos, los besos y los abrazos, y se les defiende con menos frecuencia que a sus hermanas ante las

agresiones de sus iguales de edad, en lugar de protegerlos, enseñarles a pedir ayuda y demostrarles que existe disposición a ofrecérsela.

Esta falta de conciencia por parte de los padres, y las madres, sobre la necesidad de educar a los hijos en el cambio, unida a la crisis de la masculinidad tradicional, o a la ausencia de modelos masculinos igualitarios con prestigio social, ayudan a entender lo difícil que resulta la transmisión y adquisición de modelos coherentes, equivalentes y atractivos para los chicos, o la carencia de estrategias para el cambio entre los jóvenes.

Por poner un ejemplo, parece demostrado que la colaboración en las tareas del hogar y el control de los horarios, las amistades o los estudios, crean hábitos que ayudan a ser más organizado con el trabajo escolar, el orden o la limpieza, al tiempo que enseña a posponer las gratificaciones. Pero es difícil conseguir que los chicos se animen a asumir el esfuerzo de implicarse en lo doméstico si sus padres se escaquean y son pocos los amigos que participan en sus casas de estos quehaceres.

La mayoría de las madres actuales, y también de los padres, desean para sus hijas la oportunidad que no tuvieron las mujeres de generaciones anteriores: un nivel de estudios que posibilite su autonomía y les asegure un nivel de independencia que les evite vivir a cuenta de sus futuras parejas e impida su encierro en lo doméstico. Un tipo de dependencia que ni intuyen para sus hijos, a los que siguen educando para que el día de mañana tengan un buen trabajo con el que poder mantener a su familia.

Por si todo esto fuera poco, abundan las madres que culpan, con razón, a la discriminación de género en sus familias de origen, como la causa de no poseer el nivel de estudios de sus hermanos, y no están dispuestas a que eso les ocurra a sus hijas.

De hecho se ha producido un cambio importante en las estrategias educativas de las familias europeas. Hace unos quince años la inmensa mayoría de los padres y las madres de todos los niveles educativos querían que sus hijos tuvieran un título universitario, aunque ya era mayor la proyección de este deseo hacia las hijas que hacia los hijos. Una diferencia que se sostenía paradójicamente en los padres que apostaban fuertemente por las hijas, mientras las madres preferían que fueran a la Universidad los hijos.

Los padres que trabajaban conocían mejor la realidad laboral que las madres inactivas, y aquel era un momento en el que los padres creían que un título lo arreglaba todo en el ámbito laboral, mientras que ahora existe cierta experiencia social en torno a las dificultades de los titulados universitarios para ejercer su profesión.

En la actualidad son minoría los padres y las madres con estudios primarios que siguen deseando que sus hijos vayan a la universidad, aunque sigan deseándolo la mayoría los padres y las madres con estudios superiores.

Este cambio tiene que ver con que los hijos de las familias trabajadoras, y las clases medias bajas, pueden plantearse una estrategia laboral, pasando o no por la FP, mientras que las chicas están presionadas en mayor proporción a seguir una estrategia que las orienta hacia los estudios universitarios, pero también con que las familias han comprobado que los títulos no abren las mismas puertas a los miembros de todas las clases sociales.

Este cambio en el deseo de las familias coincide con un acusado descenso en el deseo de seguir estudiando por parte de los chicos y no parece arriesgado sugerir, que las expectativas y el esfuerzo familiares no contribuyen adecuadamente al éxito académico de los chicos.

La escuela

Los problemas de la escuela son un reflejo deformado de los que existen en la sociedad a la que sirve y por la que es mantenida; por eso nadie discute que el sistema educativo sea uno de los pilares fundamentales en la transmisión y sostenimiento de los roles de género predominantes, éstos que coloquialmente llamamos masculinidad y feminidad.

Por este motivo es lógico que se intente que contribuya a su transformación, aplicando una pedagogía de género para la igualdad hacia la que orientar la educación mixta (también llamada coeducación), y los distintos planes de igualdad que elaboran las instituciones educativas.

Pero la escuela suele incorporar con retraso los cambios que se van produciendo en la sociedad. Por eso la mayoría de los libros de texto siguen escritos en masculino: en ellos escasean los personajes femeninos que no estén desempeñando tareas tradicionalmente asignadas a las mujeres, y resulta casi imposible encontrar hombres realizando tareas domésticas o cuidando a otras personas. En el sistema educativo prevalece un grado excesivo de machismo en el lenguaje y las actitudes, tanto del profesorado como del conjunto del alumnado o de las asociaciones de madres y padres.

Ni los textos ni la escuela tienen la agilidad suficiente para adaptarse y servir de motor al cambio social en que nos encontramos inmersos, un proceso en el que las mujeres asumen cada vez más parcelas de lo masculino, reduciendo el espacio con el que los hombres identificaban la masculinidad. Mientras va desapareciendo todo lo que se consideraba femenino, porque ellas lo están abandonando y ellos se resisten a asumirlo.

Otra dificultad reside en la falta de formación específica del profesorado en temas de igualdad, con lo que no llegan a desarrollar una nueva visión de género que les permita enseñar a chicos y chicas sabiendo que han de atender a necesidades diferentes

según el lugar que cada cual ocupa en el mundo. Aunque más preocupante es el desconocimiento del problema por parte del propio sistema escolar.

El papel del profesorado es clave en los Centros Educativos a la hora de pensar cómo contribuir a la formación de unas identidades personales y sociales basadas en valores democráticos, de justicia social, solidaridad, respeto, imparcialidad y diálogo.

En su afán por combatir el sexismo (machismo) evitando que el sistema escolar siga transmitiendo y reflejando las desigualdades entre los sexos, las instituciones educativas elaboran planes de igualdad que siguen centrando su atención en la protección y promoción de las chicas, dos circunstancias que a menudo provocan la adopción de un enfoque que convierte la masculinidad en sospechosa, a los niños en presuntos machistas por ser chicos, y a las niñas en sus víctimas reales o imaginarias.

Se trata de un viejo error que consiste en entender la masculinidad y la feminidad como esencias genéticas o inalterables, y a la vez como construcciones sociales que se intentan modificar echándose las en cara a los niños —cuando no limitándose a intentar someterlos—, pretendiendo que se adapten a una idea difusa de la igualdad en la que ellos tienen que ceder siempre ante las niñas, sin obtener ningún beneficio a cambio ni llegar a conocer modelos alternativos.

En las aulas se han dado pasos en la denuncia del sufrimiento que el machismo provoca a las mujeres, pero no se ha hecho casi nada para explicar el dolor y los problemas que causan a los propios hombres muchos rasgos característicos de la masculinidad, como la autosuficiencia o la necesidad de estar siempre compitiendo. Tampoco suele hablarse de los beneficios de la igualdad para los propios chicos, ni por qué les interesa hacer suyos algunos de los rasgos que se han considerado propios de mujeres, como la prudencia o el cuidado de las personas y las cosas.

Uno de los ejemplos más usados para explicar la desigualdad en los centros escolares es el que hace referencia a la práctica del fútbol en el recreo. Se dice que los niños ocupan la mayor parte del espacio, obligando a las niñas a quedarse en las esquinas. Es un ejemplo fácil de visualizar, pero también una generalización abusiva que acusa a todos los niños de lo que hacen veintidós, obligando a los que no les gusta el fútbol, o son menos diestros (la inmensa mayoría), a compartir los rincones con las chicas. Sin olvidar que la invasión del espacio no sería posible sin el consentimiento o el aliento del profesorado.

Hace falta abandonar la tendencia a victimizar a las niñas y convertir los niños en victimarios, al tiempo que elevamos el modelo masculino a la categoría de modelo universal, creyendo que la solución para alcanzar la igualdad consiste en adiestrar a las chicas para que puedan competir, en un mundo adulto que se rige por códigos

masculinos, con las mismas armas que los chicos, al tiempo que se sigue esperando que los niños resuelvan solos sus problemas.

Porque la superación de las desigualdades pasa por la promoción de un conjunto de valores universales sin distinción de sexos que acabe con los roles de género, una idea que tomando lo mejor de los viejos modelos masculinos y femeninos trate de evitar los riesgos inherentes a un mundo hipervirilizado, en el que parezca que el fin justifica los medios olvidando que los medios son los cimientos que construyen el fin.

En esta línea parece interesante recordar aquella conclusión de la Conferencia Internacional sobre la Mujer celebrada en Beijing que consideraba necesario: “Elaborar programas de enseñanza y material didáctico para docentes y educadores que aumenten la comprensión de la condición, el papel y la contribución de las mujeres y hombres en la familia. Elaborar módulos educativos para que los niños adquieran conocimientos necesarios para hacerse cargo de sus propias necesidades domésticas y compartir las responsabilidades de sus hogares y la atención de las personas a su cargo”.

La escuela puede y debe contribuir también a transmitir que capacidades como las de compartir emociones o expresar los sentimientos son deseables en cualquier persona, lo mismo que actitudes como la prudencia o la disposición a ponernos en el lugar del otro, o que el sostén económico de la familia atañe por igual a hombres y mujeres. Del mismo modo que la prepotencia, el despotismo, el maltrato o el uso de la violencia en la solución de los conflictos, pueden ser practicados por hombres o por mujeres que se sientan con el suficiente poder, real o simbólico, para permitírselo.

Pero aunque lo señalado hasta el momento sea clave para entender el contexto, puede dar la sensación de que nos alejamos de la búsqueda de una explicación de por qué las diferencias por razón de sexo son tan acusadas ante el fracaso escolar.

En teoría la escolarización universal garantiza la igualdad de oportunidades educativas a los niños y las niñas, pero para ser real la igualdad ha de darse tanto a la entrada como a la salida del sistema, y resulta evidente que desaparece al final de la ESO a causa de un fracaso escolar, que afecta mucho más a los chicos que a las chicas. Esto plantea un problema estructural que la escuela se resiste a considerar.

Algunas de las causas directamente asociadas a la escuela que deberían ser objeto de un estudio más detallado son:

- En infantil, preescolar y primaria, hay muchas más profesoras que profesores, pero lo único que llama la atención es la escasa presencia de mujeres en la dirección de los centros, una desigualdad que sin duda urge corregir, pero que no evitará el impacto que tiene en los niños la frecuencia con que acaban la primaria sin haber tenido un solo profesor. Una ausencia de modelos masculinos que se

añade a la escasa presencia de padres en las AMPAS o en la educación en el hogar.

- Abundan los testimonios que sugieren que no se aborda de igual forma el comportamiento de los alumnos y las alumnas. A las chicas se las protege un poco más y se suele ser menos exigente con sus faltas de disciplina; si dos niñas se pelean el profesorado habla con ellas, pero si son dos niños se les castiga. Es más, siempre que a un profesor se le escapa un cachete se lo lleva un niño. Un profesor de infantil contaba que a las niñas se les dice que mantengan la carpeta ordenada y a los niños que no lloren, que son hombres.
- El profesorado traslada a las notas el mal comportamiento de los chicos. Seguramente porque la amenaza de la calificación es la única arma que tiene para controlar el clima escolar. Con la afirmación general de que los chicos son peores estudiantes, más conflictivos y las chicas más disciplinadas (o sumisas) utilizan las notas para intentar controlar a unos y premiar a otras, es decir, que no siempre se califica según los conocimientos. Los chicos salen mejor parados en otros países europeos y en algunos estudios transnacionales, con evaluadores externos que no saben nada de actitudes o comportamientos y se limitan a medir conocimientos.
- Las expectativas del profesorado son otro factor que influye en los resultados académicos del alumnado. Si éstas están condicionadas por el hecho de que los chicos suelen estudiar menos que las chicas y ser menos disciplinados en el aula, es lógico que sus expectativas motiven más a las chicas que a los chicos.
- También es conocido que el rendimiento académico depende más de la configuración familiar y el tipo de relaciones imperante en el universo escolar que de la capacidad del alumnado, y todos los datos indican que estamos educando a chicos inmersos en el conflicto y la apatía, con dificultades para relacionarse y con un profundo miedo a equivocarse.
- De lo que no hay duda es de que los niños se sienten menos felices que las niñas en la escuela, tienen más dificultades escolares, más problemas de atención, cooperan menos, su autoestima es más baja, desciende su rendimiento académico, plantean más problemas de disciplina, recurren con más frecuencia a la violencia en la solución de los conflictos, sacan peores notas, y son más los que abandonan los estudios a partir de la secundaria. El sistema funciona peor con los niños, y los prejuicios hacia ellos son tantos que llevan a pensar si no sería mejor para ellos que los exámenes se corrigieran sin conocer el sexo del educando.

Es preocupante comprobar que estamos siempre discutiendo las sucesivas reformas educativas con el propósito de acabar con la discriminación, sin saber cómo

resolver un elevado porcentaje de fracaso escolar, ni prestar atención a una variable de género demasiado relevante.

El fracaso escolar tiene que ver con factores individuales que se desenvuelven en un determinado contexto (actitudes familiares, carencias en los centros e insuficiente preparación del profesorado), en el que están muy presentes las desigualdades sociales y de género. Si bien la explicación de las diferencias entre los sexos es atribuible al cambio social, no cabe duda que la reproducción de las mismas se sitúan en el territorio de las prácticas educativas del propio sistema.

No obstante sería deshonesto no reconocer que la escuela exige de unos valores como la disciplina y el autocontrol, el esfuerzo, el espíritu de sacrificio y el trabajo, que están devaluados en el contexto cultural actual, provocando una quiebra del consenso tradicional entre las instituciones socializadoras básicas: la familia, la escuela, los medios de comunicación y los grupos de iguales. Este desencuentro deja sola a una escuela que la sociedad sigue percibiendo como la última esperanza, pese a situarla como una institución periférica.

El clima escolar ha cambiado mucho en los últimos tiempos al pasar de una escuela de minorías a una de mayorías. Antes se aprovechaba el tiempo en el aula; ahora el profesorado ha de conectar primero con el alumnado y después se empieza a enseñar. El profesorado ha de esforzarse en reconvertir su forma de enseñar, preparar las clases para que resulten lo más interesantes y participativas posible, presentando problemas relacionados con la vida real, capaces de captar la atención del alumnado para educar su capacidad de aplicar los conocimientos a los problemas cotidianos de forma crítica y autónoma.

La indisciplina suele venir de la desmotivación y de unas normas no consensuadas con el alumnado. Ser profesor ahora es más difícil que antes. Además de saber hay que ser capaz de entusiasmar, hay que ser un adulto mínimamente interesante, apto para conseguir autoridad ante unas generaciones nacidas en democracia que quieren un profesorado del siglo XXI. Antes el profesorado entraba en clase con el respeto puesto, ahora se lo tiene que ganar cada día. Seguro que el esfuerzo del alumnado no es suficiente, pero desde luego el del profesorado tampoco lo es.

En los últimos tiempos se escuchan voces que defienden la vuelta a una escuela diferenciada por sexos, en beneficio de las chicas, porque éstas suelen ser, sobre todo en la pubertad, las grandes perjudicadas por la educación, al tener que compartir las clases con unos chicos que deterioran el clima escolar. Este argumento es tan poco igualitario que puede llevar a pensar que, por motivos similares, lo ideal es separar a los repetidores, o juntar a los inmigrantes en aulas aparte.

Los jóvenes

Sería una simplificación atribuir toda la responsabilidad del fracaso escolar a los padres, las madres y el profesorado, por no ponerse en el lugar de los chicos, tratarlos injustamente o no saber motivarlos, porque casi todos los chavales tienen en sus manos la posibilidad de ir sacando los cursos con perseverancia y esfuerzo, como demuestran los miles de chicos y chicas que sí triunfan en sus estudios en las mismas o peores condiciones ambientales que las de la mayoría de los que fracasan.

También sería erróneo achacarlo a un exceso de exigencias en la adquisición de conocimientos, porque los alumnos están de acuerdo con la percepción ampliamente extendida de que cada día se sabe, se aprende y se estudia menos. La inmensa mayoría de los chavales se reconoce responsable de su fracaso escolar, admite que no se esfuerzan, que les falta interés y que se aburren en clase. Aunque aseguran que se aburren porque el profesorado no adapta la enseñanza y los contenidos para hacerlos interesantes.

Los chicos vuelven a casa más tarde que sus hermanas, participan menos en las tareas domésticas, dedican menos tiempo a estudiar o hacer los deberes, están menos controlados por sus progenitores y la comunicación de ellos con sus padres o sus madres es más pobre que la de las chicas.

En la escuela estudian menos, son menos disciplinados, y reciben muchos más apercibimientos que las chicas por su mala conducta. Existe una relación evidente entre el comportamiento de los chicos y el número de asignaturas suspendidas.

Pero no por ello podemos dejar de atender al impacto de la combinación de un conjunto de carencias ambientales que hemos intentado desarrollar: que los chicos estudian menos porque quieren trabajar cuanto antes para disponer de dinero, que tienen más oportunidades laborales, que la familia se esfuerza menos en educarlos en la igualdad entre los sexos y que el sistema escolar los trata peor que a las chicas porque son menos disciplinados.

Nadie discute que necesitan cambiar, pero es preciso que descubran las ventajas del cambio, y si nadie sabe cómo mostrárselas, seguirán acumulando retrasos a lo largo del proceso educativo que después serán difíciles de recuperar. Se debe empezar en preescolar y primaria para evitar la menor aptitud de los chicos que se observa sobre todo entre los trece y los quince años, la edad en la que sufren el mayor bajón escolar.

Ayudar a los jóvenes a superar su desinterés plantea la necesidad de estudiar con más detenimiento la forma en que los chicos aprenden a ser hombres, las expectativas y las exigencias sociales que ellos creen que han de satisfacer para ser aceptados en su entorno (familia, amistades...).

Son muchos los chicos que crecen con un padre poco presente y sin modelos masculinos (maestros) en la escuela, que aprenden a ser hombres en sus relaciones con el grupo de amigos, la televisión y lo “no femenino”, tres vías que tienen en común que proyectan una imagen muy estereotipada de la masculinidad.

Entre los jóvenes de extracción económica media-baja es frecuente que la presión del medio les lleve a afirmarse como hombres a través de la demostración de su virilidad. Abundan los que creen lograrlo si demuestran que son capaces de conseguir dinero, y como consecuencia los hay que tienen prisa por encontrar un puesto de trabajo. Por eso para algunos adolescentes el fracaso escolar es una estrategia de inserción laboral.

Sabemos de la relación entre el contexto sociocultural y el rendimiento académico, sabemos que es más frecuente el éxito académico del alumnado perteneciente a familias acomodadas, o con un buen nivel cultural, que el procedente de familias más humildes o con menos estudios, aunque también que no son factores determinantes, pero se habla menos de la correspondencia que existe entre un contexto sociocultural bajo y el retraso de los jóvenes en asumir modelos masculinos más igualitarios.

Hace tiempo pregunté a un grupo de jóvenes drogadictos en rehabilitación, a los que en general les había ido mal en los estudios, por qué de cada diez personas que necesitan ayuda para dejar las drogas había nueve hombres, si las chicas las prueban en la misma proporción que ellos. Su respuesta fue que “las mujeres pueden ser pero los hombres tenemos que ser”, el destino de los hombres es trabajar de lo que sea y ser capaces de mantener a sus familias, mientras que a las mujeres se les supone “el derecho a elegir” entre ser “amas de casa” o trabajar fuera. Ellos no soportaron ese nivel de exigencia.

El fracaso escolar es un indicador preciso de una situación de desempleo crónico, pero el gran número de jóvenes titulados con trabajos precarios, en paro, o incluso sin hogar, dibujan un panorama muy poco atractivo para los hijos de la clase trabajadora, que no acaban de ver clara la relación entre el esfuerzo y la constancia que requiere el éxito académico con el triunfo laboral o económico. Sin olvidar que los alumnos que fracasan son bien valorados por las chicas, tienen más amigos y son los más agresivos.

Un joven que participó en las revueltas urbanas que sacudieron Francia en noviembre de 2005 explicaba algo que se está dando en no pocas zonas deprimidas, que “los chavales de quince años ven que los que tienen veinticinco y fueron buenos estudiantes siguen en el paro, viviendo en casa de sus padres, amargados y sin futuro. Y ven al mismo tiempo que los que optaron por la delincuencia, por el tráfico de drogas,

ya tienen ropa y buenos coches; ya se han marchado de casa. Ahora los chicos malos son el ejemplo a imitar.”

Esto nos obliga a pensar en la juventud trabajadora en términos de búsqueda de autonomía personal. Hay estudiantes de secundaria que buscan la forma de ser independientes entre los mensajes sociales, y muchos de ellos les dicen que fracasar en la escuela ya no es fracasar en la vida, una opción no demasiado lícita en términos sociales pero sí en términos individuales para muchos varones. Este menosprecio de los estudios en su estrategia laboral es más fácil de observar en las comunidades autónomas con más oportunidades laborales (obviamente relativas) para los varones sin estudios.

Estos jóvenes no adoptan una posición ética, ni piensan en un futuro lejano, tampoco consideran los valores sociales a la hora de estudiar más o menos, sino que se limitan a tener en cuenta las posibilidades de ganar dinero lo antes posible. No es un valor que ellos se inventen sino que lo perciben en no pocas personas adultas, incluidos sus progenitores.

El miedo a ser o parecer homosexual (la homofobia) es otro factor que merece más atención. Al estar mucho más arraigada entre los chicos que entre las chicas, dificulta la intimidad, el cariño y la proximidad física entre ellos, una limitación que unida a un vicio tan masculino como la necesidad de estar siempre compitiendo, complica que se dé con naturalidad la confianza necesaria para compartir las dudas, animarles a colaborar entre ellos y predisponerlos a abandonar el sexismo.

Ideas para una pedagogía de género para la igualdad desde la escuela

La juventud ha asumido la conveniencia de la igualdad entre géneros, interiorizándola como si no existieran las desigualdades porque creen que no debe haberlas. Por eso, cuando éstas se manifiestan entre sus iguales de edad les cuesta reconocerlas. Unos y otras piensan que son los adultos los únicos que tienen actitudes y conductas machistas, cuando no violentas, los que sostienen las desigualdades, sin darse cuenta de que esas desigualdades forman parte de la idea que ellos y ellas mismas tienen de lo que debe ser un chico y una chica.

En un sentido similar podemos decir que el silencio sobre los componentes de género en el fracaso escolar puede considerarse un efecto residual de los componentes sexistas en nuestra sociedad, una resistencia a reconocer que una vez logrado el objetivo de la coeducación corresponde comenzar a trabajar sobre las dificultades concretas que la misma produce.

Hace décadas se orientaba a los chicos a trabajar y a las chicas a casarse y tener hijos, pero las cosas han cambiado y los mecanismos estructurales de la desigualdad

juegan hoy en otro sentido. Por eso lo justo es aplicar procedimientos de corrección para evitar las desigualdades de hoy.

El fracaso escolar de los chicos plantea un problema de equidad poco reconocido que requiere la atención y el compromiso de todas las personas e instituciones preocupadas en la igualdad entre los sexos. Estamos en una sociedad de tránsito que se adapta a las exigencias del feminismo sin modificar las bases del conflicto social, y se hace necesario profundizar en la variable de género en los análisis del fracaso escolar, incluyendo estudios sobre la capacidad del sistema educativo para generar una igualdad de oportunidades efectiva.

Desarrollando proyectos de igualdad a implantar en el aula sin olvidar las diferencias existentes entre las chicas y los chicos, para atender a las necesidades de cada colectivo, evitando la discriminación y el paternalismo, sin olvidar que mientras las chicas se acercan al modelo masculino, cuestionando su papel en la sociedad, los jóvenes apenas se cuestionan el propio.

Recordando que la identidad de género es alimentada por el grupo de iguales, a partir de líneas establecidas por sus mayores, y que en primaria, aunque cada familia educa a sus menores, el profesorado es el único que a través del aula educa al grupo clase, un colectivo que constituye casi todo el universo de relaciones entre niños y niñas de estas edades.

Consiguiendo que los valores igualitarios se especifiquen en el programa de cada centro, además de responsabilizar a una o varias personas del profesorado para que den clases de igualdad, o implantar una asignatura, optativa o no, en uno o varios cursos de la ESO.

Enseñando al alumnado a pensar, despertando la curiosidad y el sentido crítico, ofreciéndoles formación en temas de igualdad que contribuyan a mostrar las ventajas de unas relaciones igualitarias, y permitan encontrar a cada cual un lugar digno, feliz y libre en el mundo.

Desarrollando la capacidad compensadora del sistema sin provocar una mayor segregación del alumnado, ni de los itinerarios. Apostando por una mayor personalización de la enseñanza, apoyada en un conjunto de itinerarios intercambiables, entre los que debería jugar un papel importante una formación profesional (FP) mucho más dignificada.

Evitando el obstáculo que supone el incremento del número de alumnos por aula que se produce en la ESO sobre la educación primaria, que impide una mayor personalización que ayude a asegurar una atención más específica a cada alumno.

Proporcionando a los “malos alumnos” todo el bienestar posible en las escuelas para que no acaben distanciándose de ellas, para lo cual es imprescindible que la administración educativa cuide también el bienestar del profesorado.

Incrementando el presupuesto destinado a educación para combatir el fracaso escolar y mejorar la convivencia en los centros, bajando el número de alumnos por aula, aumentando las plantillas de profesores, asegurándoles una formación adecuada, incorporando a los centros mediadores socioculturales o educadores sociales, desdoblado las clases, o dando clases gratuitas por las tardes, para apoyar de forma individualizada a los alumnos con dificultades.

Fomentando la corresponsabilidad de las familias incrementando su participación en las AMPAS, y en la dirección y gestión de los centros escolares. Sin descartar la posibilidad de estudiar fórmulas para que puedan liberar horas laborales quienes se dediquen a este menester.

Viendo en qué medida se puede implicar más al sistema educativo en los programas de inserción laboral y de formación para el empleo, para favorecer cualquier tipo de vinculación que permitiera la recuperación futura de quienes han abandonado sus estudios prematuramente.

¿Sabías que...

- En 2001 el 51% de los padres, y las madres quería que sus hijos fueran universitarios, frente al 83% en 1989.
- En 2004 a los quince años llevaban sus estudios al día el 56% de los chicos y el 70% de las chicas.
- El 25% del alumnado no llega a conseguir el título de la educación obligatoria (ESO). Lo logra el 82,6% de las chicas y el 67% de los chicos.
- El 31% del alumnado abandona el sistema escolar al acabar la ESO.
- En la secundaria no obligatoria la tasa de escolarización de los chicos es diez puntos inferior a la de las chicas.
- En 2005 el 58% de quienes superaron la selectividad fueron mujeres.
- El 58,8% del curso que se licenció fueron mujeres.
- El 49% de los padres y las madres opinaba que el sistema educativo funciona mal.
- Entre las personas sin hogar el 13,2% tiene estudios superiores, y el 82,7% son hombres.

- A los 15 años hay 106 chicos por cada 100 chicas.

Materiales consultados

- Comas, Domingo y Granado, Octavio J. (2001). *El rey desnudo: componentes de género en el fracaso escolar*. Plataforma de Organizaciones de Infancia.
- Barrera, M.C. *¿Qué le ofrece el sistema educativo a las mujeres?* (2001)
- Marchesi, Alvaro. (2003). *El fracaso escolar en España*. Fundación Alternativas.
- Lozoya, J.A. (1999). *Género y coeducación*. Programa Hombres por la Igualdad. Jerez.
- Lozoya, J.A. (2000) *Clima escolar y violencia*. Programa Hombres por la Igualdad. Jerez.
- Pescador, E. (2001). *Masculinidades y población adolescente*. Primeras Jornadas Estatales sobre la Condición Masculina. Jerez.
- PISA 2003. *Programa para la Evaluación Internacional de los Alumnos*. Ministerio de Educación y Ciencia.
- Stoessiger, R. *Las escuelas fallan a los niños*. Traducción Laura E. Asturias.
- Materiales y datos del Instituto de la Mujer (IM), Instituto Andaluz de la Mujer (IAM), Estadística de la Enseñanza Superior en España (INE), Estadística de la Enseñanza en España (MEC).